

seres menos civilizados. Y en efecto, los vestigios y armas que llevan son simples y rudimentarios. Muchos de ellos aparecen en el combate casi desnudos, apenas cubiertos con un paño a manera de trusa, llevando la cabeza protegida con un ligero casquete. Salvo raras excepciones, no llevan más arma que la maza, mientras que los mochicas exhiben, a más de la maza o porra, la estólica, los dardos, las hondas, los escudos y, en general, todo un valioso conjunto de armas ofensivas y defensivas.

INDUMENTARIA GUERRERA

Con estas cualidades esenciales, los guerreros mochicas contaron con todos los factores para tener éxito en la guerra. Los jefes iban lujosamente vestidos. La iconografía plástica los representa de aspecto marcial, generalmente erguidos, rígidos, llevando los pies juntos. Todo el conjunto da la impresión de aplomo, de fuerza corporal disciplinada y firmeza moral. Su ropaje es típico.

En el anhelo de simplificar el estudio de la indumentaria, vamos a dividirla en dos partes: la primera tratará sobre la vestimenta del guerrero común, y la segunda se referirá a los hermosos trajes que llevaban los grandes jefes, que eran a la vez gobernantes.

Indumentaria de los guerreros comunes

La ropa del guerrero común estaba confeccionada ad hoc para la lucha. Llevaban la camisa holgada y larga, sostenida al cuerpo alrededor de la cintura mediante una faja o franja, de la cual pende el cuchillo ornamental de cobre o plata que reposa sobre los glúteos. Llevaban, asimismo, un taparrabo o trusa sencilla que era cubierta por la faldilla formada por el extremo inferior de la camisa y que llegaba hasta medio muslo. Otra pieza esencial de este servidor era la capa de aguas, que servía para cubrirse en horas de descanso y para protegerse de las lluvias. Además de estas prendas esenciales, se agregaban las de carácter protector, que servían para evitar violentos golpes de maza en el combate. Sobre la caja torácica llevaban petos acolchados de gran grosor, y que en algunos casos, cuando eran formados de varias piezas superpuestas, les cubría hasta el abdomen. Estos petos tenían alma de cobre, cuidadosamente forrada con algodón y una capa exterior de tela. La cabeza se hallaba guarnecida con un gorro de forma cónica o circular de

gran grosor, forrado interior y exteriormente. También tenía arma de metal (Figs. Nos. 230 y 231).

Todas estas prendas eran sencillas. Aunque no hemos hallado indumentarias guerreras completas en las tumbas mochicas, en Chan Chan, por el contrario, se encontró hace algunos años –en la huaca de La Misa– un cuarto en el que las paredes estaban íntegramente cubiertas de alacenas en las que había ropa por millares, cuidadosamente envuelta, y que pertenecía a los guerreros. La vestimenta encontrada es muy similar a la que estudiamos en la cerámica mochica. El material es muy liviano, posiblemente para evitar los efectos del fuerte calor de la costa.

Indumentaria de los grandes jefes

La indumentaria de los guerreros de alta jerarquía, según la documentación plástica, es la siguiente: llevan una especie de camisa larga, similar a la de los guerreros comunes, de mangas cortas, decoradas con filetes sencillos y llanos, en unos casos, o con adornos de borlas circulares, en otros. Una franja –resaltada o con recortes de formas triangulares que mantienen íntima relación con toda la indumentaria– recorría el vuelo de la camisa, rematada en la parte superior por una especie de muceta, que llevaba un filete adornado de diversas maneras, y cuyo objeto era asegurar la camisa alrededor del cuello. Esta última prenda contribuía a la armonía de la indumentaria del guerrero, y se extendía por los hombros y hacia una parte del pecho. Esta muceta de tela sencilla, que daba el aspecto de que los jefes en todo momento tenían sobre los hombros un peto de guerra, se encuentra con mayor profusión en los jefes de cierta categoría y se finge muy vistosamente en las representaciones de Ai Apaec luciendo un uniforme militar. A más de los adornos usuales, pendían de ella lentejuelas de oro u otros metales.

Cuando los jefes dirigían los ejércitos personalmente, colocaban sobre esta muceta un peto efectivo, similar al de los guerreros comunes. En algunos casos, éste era circular, y pendía solamente de la parte superior del busto; en otros, se convertía en una especie de pechera que llegaba hasta la cintura; o por último, a fin de dar mayor libertad en el combate, bajaba en forma escalonada sobre el vientre y dejaba los flancos al descubierto.



Fig. No. 231.- Guerrero común, en actitud de dormir.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (044-005-010)



Fig. No. 232.- Collar de cuentas de huesos humanos, que se encuentra frecuentemente adornando a los guerreros.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera

Los petos de acción para los jefes eran cubiertos de lentejuelas. En otros ejemplares se colocaban pequeños círculos de plata o de cobre, unos sobre los otros, de tal manera que ofrecían una superficie resistente a cualquier golpe. También podemos observar que había petos cubiertos de planchuelas de metal, que unidas unas con otras formaban una verdadera coraza.

Completaban la indumentaria anteriormente descrita hermosos collares formados de cuentas de piedras preciosas (turquesa, cristal de roca, cuarzo, concha de perla, coral, etcétera). El collar que aparece en la figura No. 232 era uno de los más comúnmente usados: sus cuentas forman triángulos que han sido tallados en huesos humanos. Puede ser que estos originales adornos indiquen en el número de sus cuentas las batallas a las que asistió el guerrero, o las víctimas que cayeron en sus manos. Asimismo, se adornaban con brazaletes y aretes de variadísimas y sorprendentes formas, variedad que era mayor tratándose de los jefes. Por lo general, eran grandes y redondos, que figuraban rosetas con círculos concéntricos y ofrecían otros

dibujos alusivos a la profesión.

Aún nos falta ocuparnos del tocado, al que en la indumentaria guerrera mochica se imprimía gran importancia, y en el que se hacía un verdadero derroche de ingenio –que ha girado siempre en torno a su especial manera de ver el mundo y, sobre todo, a su fervor hacía sus seres míticos–. Se ponía, pues, en este adorno preferente atención. Sólo la prenda que cubría directamente la cabeza y que consistía en un gorro tejido con sencillez era invariable. Todo el resto eran adornos, piezas cuya descripción por separado y enumeración de sus características ocuparían muchas páginas de este capítulo sin llenar finalidad práctica, dado que emprendemos este estudio, en forma amplia y detenida, al tratar sobre el tema de la indumentaria. Para el caso, baste dejar establecido el hecho de que los tocados de los guerreros comunes eran simples, semejantes unos a otros, mientras que los de los jefes eran de gran complejidad.

Los gorros se ajustaban a la cabeza mediante anillos o turbantes adornados con figuras felínicas que sobresalían a



Fig. No. 233.- Gobernante vestido de guerrero.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (043-006-012)



Fig. No. 234.- Gobernante regiamente ataviado.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (043-006-003)



Fig. No. 235.- Dibujos que exornan un vaso acampanulado: representan la indumentaria y armas guerreras mochicas.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera

los costados, guardando perfecta simetría; a veces aparecía la cabeza del felino como brotando de la parte superior de la frente del guerrero. Llevaban también hermosas rodelas circulares o rectangulares, llenas de decoraciones.

En los tocados era frecuente la presencia de cuchillos ornamentales de cobre, que coronaban los cascos, de forma semejante al característico cuchillo incaico denominado Tumi. A veces se combinaban uno grande y dos chicos, y otras, se agregaban cabezas de ofidios que se descolgaban siguiendo con sus cuerpos las curvaturas de los cuchillos (Figs. Nos. 233 y 234).

En el conjunto de las prendas guerreras se distinguen, como dispositivos de alta jerarquía de los personajes que los usaban, las narigueras y los cuchillos ornamentales que llevaban sonajas en el extremo superior y reposaban sobre los glúteos y muslos. En cuanto a la nariguera, cuya utilización es muy común entre los jefes, parece que según su tamaño y forma expresaba el rango militar de quien se servía de ella.

La contundencia de las armas ofensivas a las que tenían que hacer frente los guerreros mochicas hizo que éstos prestaran singular atención a sus tocados. Pues

como la fase principal de sus luchas era la de cuerpo a cuerpo, aporreándose con tremendas mazas, la parte más vulnerable en el combatiente era por fuerza la cabeza y debía ser protegida a toda costa. Este fin suscitó la invención de gran número de aparatos protectores, que en lenta evolución fueron transformándose en adornos de mucha vistosidad. El cobre dorado, el cobre solo y el oro se utilizaron con el objeto de hacer poco vulnerable la caja craneal. Para proteger las sienes y carrillos se empleaban rosetas formadas con fuertes láminas de cobre dorado, rellenas y con muchas telas superpuestas, que daban una fuerte consistencia y amenguaban mucho los golpes recibidos en dichas paredes (Fig. No. 235).

La vestimenta y los adornos de cabeza señalan la existencia de regimientos pertenecientes a diferentes sectores del país y sirven para establecer los distintos grados militares. Las armas de los combatientes, en la variedad y armonía de sus usos, nos hacen ver cómo el estadista mochica procuró siempre asegurar el concurso de varios factores, que en caso de contiendas condujeran hacia el triunfo ante las huestes que se le subordinaban.

ARMAS

Las armas de combate que conocieron y utilizaron los mochicas –hecho que hemos podido comprobar en las expresiones de su arte– eran las siguientes: a) mazas o porras, b) estólicas, c) dardos para la estólica y dardos sueltos para ser lanzados con la mano, ch) lanzas, d) cuchillos, e) hondas, f) bolsas para guijarros, g) escudos y h) cascos.

Mazas o porras

Estas armas de gran contundencia (Figs. Nos. 236 a 240) fueron las más comúnmente utilizadas, y de manera especial, por los soldados que constituían el grueso del ejército.

Hemos de ocuparnos detenidamente de las mazas o porras de madera, ya que no sólo tenían las cualidades

indispensables de armas contundentes, sino también el buen gusto de una manufactura artístico simbólica.

En el Museo Rafael Larco Herrera hay una muy buena colección, y de ella hemos tomado algunas de las piezas más características para dar idea de conjunto y noción precisa en el estudio del armamento mochica. Estas mazas son las que aparecen en la figura No. 240, cuyas características son las siguientes:

a) Maza de 0,665 m de longitud, monóxilo, corona formada por un cuerpo sólido, tallado con eminencias dentadas y dispares, a manera de los granos de maíz en una extensión de 0,16 m, encajadas en el cuerpo cuneiforme con cuatro puntas. Observando las eminencias se llega a la evidencia del desgaste por razón del uso y del tiempo, a tal punto de haber desaparecido en parte. El extremo opuesto es afilado, con perforación para la amarra de seguridad.

b) Maza con 0,477 m de longitud, monóxilo, de forma



Fig. No. 236.- Mazas, armas ofensivas pertenecientes a grandes jefes. Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera. Fotografía de Juan Pablo Murrugarra.



Fig. No. 237 a y b.- Variedad de mazas de piedra empleadas en la lucha por los soldados mochicas.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSL-006-013; XSL-003-003; XSL-006-016 y XSL-003-005; XSL-003-006; XSL-003-007)



Fig. No. 238.- Maza del periodo incaico modelada en cerámica y que fue hallada en una huaca de la hacienda Cartavio, del valle de Chicama.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (237-003-006)



Fig. No. 239.- Otra maza de la misma naturaleza que la anterior.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSc-024-005)



Fig. No. 240.- Otra serie de mazas de tipo corriente empleadas por los soldados.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera

troncocónica hueca y labrada en uno de sus extremos. La base mide 0,055 m de diámetro.

c) Maza de 0,48 m de longitud, monóxilo, con 0,21 m de extensión tallada sobre la corona, incluso la escultura ornitomorfa. La talladura de la corona es también dentada como la primera, y se encaja en el cuerpo del mango con tres puntas. El extremo opuesto de esta arma está bien afilado.

d) Maza de 0,35 m de largo, técnica de manufactura similar a las anteriores. Dentro del cuerpo, que forma una sola pieza, se destaca la corona o cuerpo de maza propiamente dicho, en una talladura que corresponde a un puño semicerrado. El extremo opuesto es afilado y se encuentra perforado para mayor seguridad en su empleo.

e) Maza de 0,30 m de largo, monóxilo, con talladura fitomorfa en la corona que también se encaja en el mango.

f) Maza pequeña, sencilla, con dos cuerpos de corona de distinto espesor y de 0,11 m de longitud, con punta afilada en el extremo opuesto.

Como se ve, dentro de esta variedad de mazas de

madera —obtenidas en su mayor parte del árbol del guarango— hay toda una tipología de armas, que al mismo tiempo que desempeñaban un papel en la lucha, también ocupaban la atención del artista tallador para plasmar sus concepciones bélicas.

A pesar de los siglos transcurridos, la madera de estas armas está intacta, y apenas si muestra grietas provenientes de humedades persistentes, o por efecto de las acciones salinas del suelo donde fueron depositadas al ser enterrados los cadáveres.

La variedad de formas que acusan es grande, aun cuando hubo un tipo matriz de las que se derivaron las demás, cuya decoración marchaba paralela al buen gusto y grado militar de quien la utilizaba. Constan de las siguientes partes: la rodela, el mango y las amarras.

La rodela era la parte fundamental del arma. Hecha generalmente de piedra, su borde circular superior presenta ya sea un filo con acanaladura a ambos costados, o bien prominencias planas a manera de hojas con filos cortantes o puntas ya extendidas en una sola circunferencia, o talladas en todo el cuerpo de la maza,